

LA MENTIRA DE



LOS TELETIPOS

Por SEBASTIAN SALAZAR BONDY

Los nazis inventaron aquello de "mente que algo queda". Es un método inmoral de combatir, pero es, sin duda eficaz. La lección la aprendieron prontamente los propagandistas yanquis, aunque ya estaba implícita en el carácter de la publicidad comercial capitalista. En efecto, a los jabones se les atribuía poderes curativos, a los casimires propiedades refrescantes, a los automotores cualidades de duración y resistencia sobrenaturales. A ello se vino a añadir el psicoanálisis. El Día de la Madre se inspiraba en la excitación del "complejo de Edipo" y en la difusión de una bebida fresca se introducía una imagen erótica, etc. De ahí al llamado impacto "subliminar", o sea, a la apelación que, a través de una percepción instantánea, ingresa directamente a la subconciencia no hubo mucho que andar. "Mente que algo queda" ha sido, y es, la base teórica y el principio fundamental de la propaganda, ya sea comercial o política, de los norteamericanos y sus imitadores de todo el mundo.

Las agencias noticiosas no son lo que quisieron que fueran sus creadores: fuentes imparciales de información universal. Ahora constituyen verdaderas agencias de publicidad del capitalismo y, por ende, del imperialismo. Y como, por ser tales, son monopolios —en el Perú acaparan casi todas las noticias que se publican en los diarios—, poco de lo que se lee acerca de Laos, Egipto, Alaska o Cuba no está dirigido a servir los intereses de las grandes empresas norteamericanas y del Departamento de Estado que de ellas, en cierto modo, depende. Basta hacer el análisis de las noticias que proceden de La Habana para colegir fácilmente que el propósito último es machacar la conciencia del lector hasta dejar en ella un residuo de animadversión y miedo hacia el proceso revolucionario cubano.

Ultimamente, por ejemplo, la secuencia es así. Luego de la "Declaración de La Habana" —que fue leída por Fidel Castro, pues es absurdo improvisar un documento que se quiere dejar para la historia—, las agencias comentaron, por boca de éste o aquel político o "experto", que el jefe revolucionario había sido prohibido de decir lo que quisiera por el comando comunista, que, según esos políticos o "expertos", tiene maniatado a Fidel. Enseguida, se habló de su desaparición: "¿Dónde está?", se preguntaron con una preocupación que denotaba cinismo. En otros cables vino la respuesta de algunos emigrados: asilado en la Embajada de México. "¡Ajá! ¡Ya cayó! ¡Ya cayó! Los comunistas han tomado el poder". Pero no. Fidel estuvo en el juego de la pelota. El desmentido era breve, sin importancia, y se publicó oculto en la floresta de los despachos de Singapur, Tegucigalpa y Andorra. ¿Cuál es, pues, la combinación? Miles de gentes no leen el desmentido y se quedan con ese algo que la mentira deja. Una pausa breve. De inmediato otro embuste: Roa y Hart serían separados del gobierno cubano. ¿Por quién? Por los comunistas. ¿Quién lo dice? Unos asilados muy bien, pero muy bien, informados. Lo mismo, pues, que el jabón que cura, que la tela refrescante, que el motor eterno, que ni curan ni refrescan, ni perduran. ¡Pero algo queda!

Ahí está el caso de la excomunión de Fidel. Un prelado dijo, por su cuenta y riesgo, que él creía que el Primer Ministro de Cuba debía ser excomulgado. El cable era equívoco. La opinión personal iba disimulada, torcida, "slamling", como dicen los ingleses. Los católicos simpatizantes de la revolución castrista aceptaron la supuesta decisión papal. Pero aquello no era cierto. No había habido excomunión y las relaciones de La Habana y Roma transcurrían normales. Ahí está el caso de los fusilamientos. Al parecer ha habido una carnicería en Cuba, aunque la verdad es que se trata de la revolución que menos víctimas ha causado en la historia. Pero exagerar, calumniar, mentir sin pudor, es una técnica de la publicidad. Algo queda, algo queda: eso es lo importante.

Los nazis no vencieron. No vencerán los yanquis capitalistas ni sus aliados criollos. La verdad se impone. Los que creemos en ella sabemos que, tarde o temprano, el fulgor de lo que es cierto arrasará con las tinieblas que humean los teletipos norteamericanos.